

la Iglesia, se sube sin interrupcion hasta S. Pedro, instituido príncipe de los Apóstoles por el mismo Jesucristo, y que prosiguiendo con los pontífices que han servido segun la ley, se llega á Araon y Moises, y de allí hasta el origen del mundo! ; Qué sucesion! ; Qué tradicion! ; Qué encadenamiento maravilloso! Si nuestro espíritu naturalmente incierto, y hecho por sus incertidumbres el juguete de sus propios raciocinios, necesita de alguna autoridad, para fijarse y determinarse en las cuestiones que interesan su felicidad, ¿qué mayor autoridad que la de la Iglesia Católica, que reune en sí misma la de todos los siglos pasados, con las antiguas tradiciones del género humano desde su origen: que está justificada por su misma continuidad, y que lleva en su duracion eterna el carácter de la mano de Dios.



HISTORIA DE LA IGLESIA.



PREDICACION DE LOS APÓSTOLES.

(Año 33 de J. C.)



LUEGO que Jesucristo subió á los cielos, volvieron los Apóstoles á Jerusalem, y segun la orden que habian recibido, se encerraron en el cenáculo con el fin de disponerse por medio del retiro y la oracion, á recibir el Espíritu Santo que les habia sido prometido. El dia 10, que era puntualmente el de la fiesta de Pentecostés, bajó visiblemente el Espíritu Santo sobre ellos, y los hizo unos nuevos hombres. Revestidos de una fuerza celestial, y encendidos en un fuego divino, se pusieron los Apóstoles á hablar diversas lenguas y á publicar las grandezas de Dios. El pueblo que se habia reunido en gran número en Jerusalem para celebrar la fiesta, ocurrió con diligencia al rededor de ellos. En aquel año habian concurrido de todas las partes del mun-

do en mayor número que antes; porque estaban persuadidos en todo el Oriente, que el Mesías había de aparecer. Este pueblo mezclado de tantas naciones, quedó sumamente sorprendido al oír hablar á los Apóstoles idiomas de países diferentes. San Pedro tomó de allí ocasion para decirles: "La maravilla que os tiene absortos, es el sensible cumplimiento del vaticinio de Joel, concebido en estos términos: Vendrá tiempo en que yo derramaré mi espíritu sobre toda carne, entonces haré aparecer portentos en el cielo y sobre la tierra, y profetizarán vuestros hijos." Les anuncia á continuacion la divinidad de Jesucristo á quien ellos habian crucificado, declarándoles, que él era verdaderamente el Mesías esperado por sus padres desde el principio del mundo. Los exhorta á recibir en su nombre el bautismo para obtener el perdon de sus pecados y el don del Espíritu Santo. En efecto, tres mil se convirtieron y se agregaron al número de los discípulos. Ellos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles aplicados á escuchar sus instrucciones, y Dios confirmaba esta doctrina con un gran número de milagros que á todo el pueblo tenia en un santo temor. San Pedro y San Juan, habiendo subido al templo á la hora del sacrificio, encontraron en la puerta á un hombre de edad de cuarenta años, que era cojo de nacimiento. Este les pidió limosna según su costumbre: San Pedro le respondió: yo no tengo oro ni plata; mas lo que tengo te doy: *en nombre de Jesucristo levántate y marcha.* El cojo al punto quedó sano: comenzó á andar, y entró en el templo trasportado de gozo y alabandó á Dios. El pueblo ocurrió al templo al ruido de este milagro:

y San Pedro por segunda vez hizo un discurso con el que convirtió á cinco mil. Los sacerdotes y guardias del templo, irritados por los prodigios sucedidos en la predicacion de los Apóstoles, los prendieron y aprisionaron. Al dia siguiente el Sanedrín, que era el gran consejo de la nacion, se juntó, y habiendo hecho traer á los Apóstoles les preguntó con qué autoridad obraban: entonces San Pedro lleno del Espíritu Santo, respondió con firmeza: en nombre de Jesucristo, á quien vosotros crucificásteis. Todos los que componian el gran consejo, estaban llenos de asombro al ver la firmeza de los Apóstoles, que ellos sabian no ser mas que unos hombres del pueblo. Mas se contentaron con prohibirles que enseñasen en nombre de Jesucristo. Los Apóstoles les respondieron con una santa intrepidez, juzgad vosotros si es justo obedeceros mas bien que á Dios: nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oido, cuando Dios nos ordena que lo publiquemos; y los dieron libres. Los Apóstoles vinieron á los fieles á referirles lo que habia pasado. Todos dieron gracias á Dios, y le pidieron fortaleza para anunciar su palabra sin temer la prohibicion y amenazas de los hombres, que deben ser tenidas en nada cuando se trata de cumplir la ley de Dios. Los fieles se reunieron en el templo en la galería de Salomón, á orar. Lo restante del pueblo no se atrevia á unirse á ellos, por temor de ser inquietados por la autoridad pública; mas no podian dejar de honrarlos y alabarlos á vista de los prodigios que se obraban diariamente. Presentaban los enfermos en sus camas por las calles, á fin de que la sombra de San Pedro les tocase cuando pasaba. Se traían

á allí de las ciudades vecinas; y todos volvian sanos. El príncipe de los sacerdotes, arrebatado de indignación, hizo poner á los Apóstoles nuevamente en prisión. Mas un ángel los libertó y les mandó ir al templo á predicar con valor la palabra de Dios. El consejo dió orden de traerlos de la prisión; mas sin embargo de estar ellos bien asegurados, no se encontró allí alguno. Al mismo tiempo vino uno á decir que los prisioneros estaban en el templo y enseñaban al pueblo. Entonces el capitán de las guardias del templo, salió con sus oficiales, y sacó á los Apóstoles sin hacerles violencia, porque temia al pueblo. Cuando se les hubo presentado ante el consejo, les dijo el presidente: ¿no os hemos prohibido espresamente predicar en nombre de Jesucristo, por qué, pues, llenais á Jerusalem con vuestra doctrina, y quereis cargarnos la muerte de este hombre? Pedro y los Apóstoles respondieron: es preciso obedecer á Dios mas bien que á los hombres: cuando la ley humana se halla en oposicion con la divina, no se debe vacilar sobre la eleccion: así es que á la ley divina es preciso dar siempre la preferencia. Generosa respuesta que todos los mártires á ejemplo de los Apóstoles han repetido á presencia de los tiranos, cuando se les prohibia hacer lo que Dios manda ó se les mandaba aquello que Dios prohíbe! Los miembros del soberano consejo, trasportados de furor, tuvieron designio de hacer morir á los Apóstoles; mas uno de entre ellos llamado Gamaliel, dió un parecer mas moderado: «Si esta empresa viene de los hombres, les dijo, ella por si misma se destruirá; pero si viene de Dios, vosotros no podreis impedir que tenga

efecto. Este consejo fué aceptado; sin embargo, se hizo azotar á los Apóstoles antes de despedirlos, y se les reiteró la prohibicion de predicar el nombre de Jesucristo. Los apóstoles se retiraron llenos de alegría por haber sido juzgados y dignos de sufrir esta afrenta por el nombre de su maestro. Ellos continuaron en predicar á Jesucristo en el templo, y enseñar diariamente á los fieles en lo interior de sus casas.

Adicion.—No se ha tenido en esta época la incredulidad de los cafarnaitas como la primera heregia: así porque los que negaron el adorable misterio de la Santa Eucaristia no formaron cuerpo de secta; como porque no consta que declarasen su error mas que cuando al separarse de Nuestro Señor Jesucristo dijeron: *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?* Y tambien porque estos no turbaron la creencia y union de los primeros fieles.

ADMIRABLES PROGRESOS DEL EVANGELIO.

EL número de discípulos de Jesucristo crecia de dia en dia. La Iglesia de Jerusalem era ya considerable y numerosa cuando San Lucas escribió los Hechos de los Apóstoles. Nosotros sabemos que se componia de personas de todo seso, edad y condicion. No era únicamente Jerusalem en donde la fé hacia sus conquistas: los Apóstoles, viéndose obligados á dispersarse por motivo de la persecucion que se levantó en esta ciudad, esparcieron por todas partes la semilla de la divina palabra, y formaron en los lugares á donde llegaban, Iglesias com-

puestas de judíos y de gentiles. San Pedro corrió diversas provincias y fundó algunas Iglesias: estableció primero su silla en Antioquía, y despues fué á Roma, que era entonces el centro de la idolatría, con el objeto de combatirla hasta en el lugar donde dominaba con el mayor imperio. Habia predicado á los judíos dispersos en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, á quienes dirigió su primer carta. Envió á algunos de sus discípulos á fundar diversas Iglesias en el Occidente. San Pablo por su parte anunciaba á Jesucristo á los gentiles, con el mismo suceso. Primero fué á Seleucia, Salamina y Páfos, y convirtió al procónsul Sergio Paulo que era allí gobernador: la mayor parte de la isla recibió el Evangelio. Atravesó despues la Pisidia, la Panfilia, la Licaonia, la Frigia, la Galacia, la Misia y la Macedonia: su predicacion era siempre seguida de la conversion de los pueblos. Estableció en Filíppos una Iglesia, que permaneció invariablemente adicta á la persona y doctrina del santo apóstol. Despues de haber hecho una grande cosecha, en su tránsito se detuvo en Tesalónica, capital de Macedonia, donde fundó una Iglesia, cuyo fervor sirvió de modelo á todas las demas. De allí pasó á la Acaia: predicó en Atenas, donde hizo en medio del Areópago un célebre discurso, de que resultó la conversion de San Dionisio y muchos otros: volvió á Roma y permaneció allí dos años enteros, anunciando el reino de Dios hasta en el mismo palacio del emperador Neron, donde convirtió á muchos. Los otros Apóstoles se dispersaron tambien por diferentes provincias del imperio romano, para llevar á ellas la buena y admirable nueva de la sa-

lud: las conversiones eran tan frecuentes en estos principios de la Iglesia, y la luz del Evangelio se estendió por tantos lugares, que al fin del primer siglo se veían cristianos en la mayor parte del imperio romano. De este modo fué como los Apóstoles á vista de todas las naciones de los judíos y los gentiles, los griegos y los bárbaros, los sábios y los ignorantes, los pueblos y los príncipes, dieron testimonio de las maravillas de Jesucristo, y en particular de su admirable resurreccion, que ellos habian visto con sus ojos, oido con sus oidos, y tocado con sus manos. Sostenian este testimonio sin algun interes, y contra todas las razones de la prudencia humana, hasta el último suspiro, sellándolo con su sangre. La prontitud inaudita con que la religion cristiana se estableció por todas partes, prueba manifestamente que ella es divina y obra de Dios. Este es un prodigio sensible, contra el cual la incredulidad no sabia sostenerse, si ella no cierra los ojos á la luz. Jesucristo habia predicho, que su Evangelio seria predicado por toda la tierra: esta maravilla debia suceder luego despues de su muerte: Jesucristo habia dicho, que cuando fuese levantado de la tierra, es decir, cuando fuese clavado en la Cruz, atraeria todas las cosas ácia sí: los Apóstoles no habian concluido aún su mision, y ya San Pablo decia á los romanos, que en todo el mundo se anunciaba la fé: á los colosenses decia, que el Evangelio se estendia á toda criatura, que era predicado, que fructificaba y crecia por todo el universo. En efecto, una constante tradicion nos enseña que Santo Tomás lo llevó á las Indias, San Juan á la Asia menor, San Andrés al pais de los Sitas,

San Felipe á la Asia Alta, San Bartolomé á la gran Armenia, San Mateo á la Persia, San Simon á la Mesopotamia, San Judas á la Arabia, y San Matías á la Etiópia. Mas no hay necesidad de historias para confirmar esta verdad: el mismo efecto la comprueba: tantas Iglesias que nosotros vemos al fin de este siglo, no se han formado ellas solas: ellas manifiestan con cuanta razon San Pablo aplica á los Apóstoles este pasage del Salmista: su voz se ha hecho oír por toda la tierra, y su palabra ha sido llevada hasta los extremos del mundo.

Adicion.—Como en la seccion precedente se habla en general de los admirables progresos del Evangelio, sin asignar en particular los hechos ni la época en que sucedieron, se reserva la narracion de los errores y heregias, para el fin de la seccion en que se habla del concilio de Jerusalem y siguientes.

VIRTUDES DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS.

NADA, á la verdad, es mas hermoso y sorprendente, que el cuadro de la Iglesia naciente: él ha sido trazado por San Lucas en los Hechos de los Apóstoles. Toda aquella multitud de creyentes, dice, no tenia mas que un solo corazon y una sola alma, y ninguno de ellos miraba como propio lo que poseía; todo lo ponía para utilidad comun. No habia pobreza entre ellos; porque todos los que tenian tierras ó habitaciones las vendian y traían su precio, lo ponian á los pies de los Apóstoles, que lo distribuían á cada uno segun su necesidad. Los fieles

se mantenian en la doctrina del Salvador, en la oracion y fraccion del pan: esto es, en la participacion de la divina Eucaristía: por otra parte, todos estaban unidos, y cuanto tenian era comun; vendian sus posesiones y sus bienes, y los distribuían segun la necesidad de cada uno. Continuaban en ir diariamente unidos en espíritu al templo, y repartian el pan por las casas: tomaban su alimento con júbilo y simplicidad de corazon alabando á Dios y siendo amados de todo el pueblo. Se obraban muchos milagros por mano de los Apóstoles, y todos estaban animados de un mismo espíritu: ningun otro se atrevia á juntarse á ellos en el templo; mas el pueblo les daba grandes alabanzas, y el número de los que creían en el Señor, mas y mas se aumentaba. La Iglesia así se estableció caminando en el temor del Señor, y estaba llena de la consolacion del Espíritu Santo. El Historiador sagrado habla principalmente de la Iglesia de Jerusalem; aunque las otras Iglesias, principalmente de gentiles, fuesen inferiores en esta perfeccion soberana, no dejaban por eso de ser unos prodigios de virtud y santidad con respecto al estado en que se hallaban los gentiles antes de su conversion.

Una vez recibido el bautismo ya no se veían lo que antes habian sido: desde luego comenzaban á vivir una nueva vida, toda interior y toda espiritual: se les hacia fácil lo que antes les parecia imposible: los que antes habian sido esclavos del deleite, al punto se hacian castos y temperantes: los ambiciosos no encontraban grandeza sólida mas que en la cruz, triunfaban de todas las pasiones, y practicaban las virtudes: renunciaban las dulzuras y como-

didades de la vida: el trabajo, el retiro, el ayuno y el silencio, tenían únicamente para ellos atractivo. La oracion era la primera y principal de sus ocupaciones, y la que así en primer lugar recomienda San Pablo: y como este Apóstol ecshorta á la continúa oracion segun el precepto de Jesucristo, ellos empleaban toda suerte de medios para no interrumpir en cuanto les era posible la aplicacion de su espíritu á Dios, y cosas celestiales. Oraban en comun lo mas que podian, persuadidos á que cuanto mas se reunian los fieles para pedir á Dios unas mismas gracias, tanta mayor eficacia tenia la oracion para alcanzarlas, segun esta palabra del Señor: "Si dos de vosotros se unen sobre la tierra para orar, todo lo que pidan les será concedido por mi Padre, que está en los cielos; porque cuando dos ó tres se juntan en mi nombre, yo estaré en medio de ellos." Para renovar mas la atencion á Dios, hacian sus oraciones particulares antes y despues de algunas de sus acciones: estudiaban la ley de Dios y recorrían en sus casas lo que habian oido decir en el lugar de su reunion, é imprimian en su memoria las esplicaciones del Pastor, entreteniéndose así mutuamente. Sobre todo, los padres tenian cuidado de hacer estas repeticiones á su familia: así la vida cristiana era una série de oraciones, de lectura y de trabajos que se alternaban segun sus horas, sin mas interrupcion que la que ecigia la necesidad de la vida. Esta conducta era bien admirable en una multitud de hombres, que hasta entonces se habian dejado arrastrar de todos los desórdenes de la idolatría. ¿De dónde venia una mudanza tan repentina y maravillosa? Es preciso que ellos estuvieran

vivamente penetrados de los milagros y de las virtudes de aquellos que anunciaban esta religion: era necesario que el espíritu de Dios hubiese obrado muy poderosamente sobre su alma para formar unos hombres nuevos, unos hombres castos y mortificados: unos hombres desprendidos de las riquezas, que no desean mas que los bienes eternos é invisibles. Una mudanza como esta es manifiestamente obra de este poder, que ha sacado al mundo de la nada, y que es mas admirable cuando triunfa de los corazones, sin dañar la libertad. Por una parte, Dios obra como absoluto dueño, sin encontrar resistencia; y por otra, queriendo Dios de parte del hombre una obediencia libre, le dejó el poder de resistir.

CONCILIO DE JERUSALEN.

ALGUNOS de los judíos nuevamente convertidos, permanecieron adictos á la ley de Moisés: querian sujetar á ella á los gentiles que abrazaban el cristianismo. Vinieron á Antioquía en donde estaban entonces San Pablo y San Bernabé: escitaron un gran tumulto diciendo, que los gentiles que se convertian á la fé, no podian salvarse sin la circuncision y las otras observancias legales ordenadas por Moisés. San Pablo y San Bernabé se oponian, asegurando que Jesucristo habia venido á libertar á los hombres de esta servidumbre; y que su gracia de nada serviría á aquellos que miraban la circunci-

sión como necesaria: se resolvió sin embargo que irían á Jerusalem á consultar á los Apóstoles sobre esta cuestion. A su llegada fueron recibidos por toda la Iglesia. San Pablo habia emprendido este viage por una inspiracion divina. Conferenció con los Apóstoles que estaban en Jerusalem: es decir, con San Pedro, Santiago y San Juan, que eran vistos como las columnas de la Iglesia: comparó con su doctrina la que él predicaba á los gentiles, y que no habia aprendido de algun hombre, sino por la revelacion de Jesucristo: todo se halló conforme de una y otra parte. Los cinco Apóstoles y los sacerdotes se reunieron despues para ecsaminar y resolver la cuestion que se habia suscitado.

Despues de una gran discusion, se levantó San Pedro y dijo: vosotros sabeis, hermanos míos, que despues de largo tiempo, Dios me escogió, para que por mi boca escuchasen los gentiles su Evangelio: y aquel que conoce los corazones, ha dado testimonio de su fé, dándoles el Espíritu Santo, como á nosotros (habla de la conversion de Cornelio): ¿por qué, pues, tentais vosotros á Dios, imponiendo á los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Nosotros esperamos ser salvos de la misma manera que ellos, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando San Pedro habló de esta manera, toda la asamblea guardó silencio: y escuchaban las maravillas que referian S. Pablo y San Bernabé, que Dios habia hecho por ellos á los gentiles. Santiago tomó despues la palabra y confirmó el dictámen de San Pedro, con los testimonios de los Profetas, tocantes á la vocacion de los gentiles. Esto es, dice, por lo que yo juzgo,

que no debe inquietarse á los gentiles que se convierten á Dios, sino únicamente escribirles el que se abstengan de las contaminaciones de los ídolos, de la fornicacion; de las viandas sufocadas, y de la sangre. Los Apóstoles advierten á los gentiles que eviten la fornicacion, porque la gravedad de este crimen no era conocida en el paganismo: y cuanto á la prohibicion de comer viandas sufocadas y sangre, era esto una condescendencia de los Apóstoles, que querian conservar por algun tiempo esta sola observancia legal para reunir mas fácilmente los gentiles á los judíos. Decidida la cuestion, los Apóstoles, los Sacerdotes y toda la Iglesia resolvieron elegir algunos de entre ellos, y enviarlos á Antioquia con Pablo y Bernabé; y les encargaron una carta que contenia la decision del concilio, concebida en estos términos: "Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros, no imponeros otra carga que la de absteneros de las viandas inmolidas á los ídolos, de los animales sufocados, de la sangre y de la fornicacion."

Los Apóstoles en este primer concilio han dado el ejemplo que la Iglesia ha seguido en los concilios generales, para terminar, no solamente las cuestiones de fé, sino tambien las de disciplina con una autoridad soberana, independiente de la potestad secular en los puntos que directamente se versan á cerca de la salud de las almas. Se suscitó una cuestion notable entre los fieles: se envió á consultar á la Iglesia de Jerusalem, donde la predicacion habia comenzado, y donde San Pedro estaba entonces. Los Apóstoles se reunen, deliberan, cada uno dice su parecer: se decide, San Pedro preside la asam-

blea, abre la sesion, propone la cuestion, y él primero dice su dictámen: la decision está fundada sobre las Santas Escrituras, y formada por el comun consentimiento de los pastores: se hace de ella resumen por escrito, no como un juicio humano, sino como un oráculo del Espíritu Santo, y se dice con firmeza "ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros;" se manda esta decision á las iglesias particulares, no para que la ecsaminen, sino para que la reciban y ejecuten con una entera sumision. El Espíritu Santo se explica aquí por la voz de la Iglesia. Así San Pablo y Silas, que llevaban á los fieles el primer juicio de los Apóstoles, lejos de permitirles la discusion sobre lo que habian decidido, iban por las ciudades enseñándoles á guardar la doctrina de los Apóstoles. Los hijos de Dios asienten al juicio de la Iglesia, persuadidos de que oyen por su boca el oráculo del Espíritu Santo; esta es la razon porque despues de haber dicho en el Símbolo: Creo en el Espíritu Santo, añadimos inmediatamente: Y LA SANTA IGLESIA CATÓLICA: así estamos obligados á reconocer una verdad infalible y perpetua en la Iglesia universal; pues la misma Iglesia que nosotros creemos, dejaria de serlo, si ella dejase de enseñar la verdad revelada por Dios. Esta creencia está fundada sobre la solemne promesa que en estos términos le ha hecho Jesucristo: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra.* Id, pues, instruid á todas las gentes enseñándolas á practicar todo lo que os he ordenado: y he aquí que yo estaré con vosotros todos los dias, hasta la consumacion de los siglos. Jesucristo ha puesto por base de esta promesa su misma omnipotencia. Con este so-

corro soberano y todopoderoso, enseñad toda verdad: combatid todo error: nada podrá abatiros, ni os faltará jamas este socorro: yo estaré con vosotros todos los dias hasta el fin del mundo.

Adicion.—Desde el año 41, Simon Mago, despues de la infame apostasia á que lo condujo la ambiciosa pretension de alcanzar por el dinero el don de hacer milagros, formó una monstruosa heregia, la primera que afigió á la Iglesia. Llevaba éste una muger que habia comprado en Tyro, llamada Helena ó Selena. No es creible los delirios que publicaba á cerca de ella, mezclando las fábulas mitológicas con los hechos de nuestras Santas Escrituras. Su doctrina sobre las costumbres era tan corrompida como su fé: decia que no habia accion buena por su naturaleza: que los hombres se salvaban únicamente por la gracia de que él se decia autor. Tuvo discípulos que mantuvieron su secta por espacio de dos siglos; pero ella al fin se disipó, sin que hubiese sido perseguida.

(AÑO 62 DE JESUCRISTO.)

MUERTE DE SANTIAGO EL MENOR.

SANTIAGO, por sobrenombre el Menor, para distinguirlo de otro apóstol del mismo nombre, habia sido constituido obispo de Jerusalem: él fué quien en el primer concilio habló despues de San Pedro. Era amado de todos los fieles y respetado aun de los mismos judíos, á causa de su eminente santidad. Su vida era austérra, no se cortaba el pelo, y no bebía vino, ni otro licor que pudiera embriagar: añádesse á esto que no llevaba calzado, y que no tenía